

Homenaje de la Universidad de Concepción al poeta Ignacio Verdugo Cavada (*)

DISCURSO DEL DR. RENE LOUVEL BERT



A Universidad de Concepción, atenta a las diversas manifestaciones del espíritu, ha querido rendir un homenaje de sincera admiración y reconocimiento a uno de los reales valores de la poética nacional, a nuestro amigo y conterráneo Ignacio Verdugo Cavada.

Al recibir el encargo del señor Rector para ofrecer, en nombre de la Universidad, este acto, en realidad, he debido medir con sinceridad mis fuerzas y he podido reflexionar, más de una vez, sobre la responsabilidad que echaba sobre mis hombros, por considerarme el menos indicado para hablar en esta ocasión; pero, al aceptar el honroso encargo del señor Rector, primó en mi ánimo, el hecho de

(*) El 6 de octubre del año último, en solemne y concurrido acto académico, realizado en el Salón de Honor, la Universidad de Concepción rindió un homenaje al poeta penquista Ignacio Verdugo Cavada, en reconocimiento a su labor literaria, tan elogiada y ampliamente difundida en el país y en el extranjero. Ofreció el homenaje, a nombre de la Universidad, el Decano de la Facultad de Odontología, Dr. René Louvel Bert. El Rector, don Enrique Molina, entregó al señor Verdugo un diploma en el que se le testimonia la simpatía intelectual a que él se ha hecho acreedor. Agradeció el señor Verdugo en palabras emocionadas y profundas. He aquí los discursos del Dr. Louvel y del poeta homenajeado.

la vieja amistad y la admiración, que me han unido con nuestro festejado de hoy; por ello, valgan estas sinceras excusas y esta exposición de motivos, para que perdonéis mis palabras, que, seguramente, el único valor que ellas puedan encerrar, es el de ser vertidas desde el fondo del corazón y, por consiguiente, plenas de sincera y franca amistad.

Haciendo, la Universidad, un marcado honor a su lema, quiere en cada ocasión —en que le es dable demostrarlo fehacientemente— celebrar las fiestas del espíritu, quiere realzar las manifestaciones intelectuales, filosóficas, poéticas, científicas, musicales y artísticas, y cree que una de las formas de materializar esta sublimación de los valores espirituales, es, precisamente, en fiestas como ésta, expresar públicamente a un hombre su reconocimiento, su homenaje y su admiración.

* * *

Sé, señoras y señores, que con estas palabras habré de herir cruelmente la innata modestia de Ignacio Verdugo, pero, pasando sobre esto, que él habrá de perdonar, me permitiréis decir algunas breves palabras sobre él, sobre su vida y sobre su actitud en el campo poético nacional, algo sobre el mensaje que nos ha enviado, a través de sus estrofas plenas de lirismo, en las que ha dejado traslucir las inquietudes de su corazón, en versos de intachable factura, emoción y dulce transparencia.

* * *

El 12 de octubre de 1887, en casa de su abuela doña Josefa Urrejola, nace el poeta, habiendo sido sus padres don Darío Verdugo y doña Elena Cavada; el segundo de una familia, de una vieja familia chilena y penquista de ocho hermanos, tres hombres y cinco mujeres.

Andando el tiempo ingresa al viejo Seminario Conciliar de esta ciudad, donde cursa las preparatorias y las humanidades, impreg-

nándose, en dicho prestigioso establecimiento, de las disciplinas humanísticas clásicas, intelectuales y poéticas, por las magistrales lecciones de maestros de gran saber.

Allí siente, por primera vez, despertarse en él esta inquietud espiritual y, es entonces, cuando se inicia con timidez, garabateando en sus cuadernos de clase, los primeros poemas de la adolescencia, hablando del amor y soñando con el amor.

Allí sienta en su cerebro el estudio serio y sistematizado por los clásicos de nuestra lengua y Cervantes, Fray Luis de León, José María de Pereda, Baltasar de Alcázar, Luis de Góngora, Santa Teresa, Lope de Vega, José María Gabriel y Galán, Fray Luis de Granada, Juan Donoso Cortés, Gonzalo de Berceo, el Arcipreste de Hita, José de Espronceda, Garcilaso de la Vega, Fernández de Moratín, Gustavo Adolfo Bécquer, Fernando de Rojas, Gaspar Núñez de Arce y tantos más, que dejan en su alma sensible una profunda huella de admiración y en su mente de joven, estudioso y serio, un acervo de profundo conocimiento de los clásicos castellanos, ya sea en la prosa o en el verso; allí se fué poco a poco cultivando y formando en su alma emotiva, sentimental y soñadora, el poeta que andando el tiempo se nos mostrará en toda su plenitud.

Terminados sus estudios de humanidades, decide seguir la profesión de su padre, y, para ello, ingresa al viejo curso Fiscal de Leyes de nuestra ciudad, se traslada luego a finalizar su carrera de abogado a la capital, donde recibe su título.

De regreso a la ciudad natal, ejerce su profesión con brillo y talento, poniendo en todas sus actuaciones, tras la severa letra del Código, la sensibilidad de su alma de selección y de su personalidad callada, sin estridencias, modesta y alejada de cenáculos y de grupos, que, podrían perturbar su paz interior, y, en esta forma, después del ajetreo del ejercicio profesional, dedica sus horas al estudio, a la lectura, a la meditación y continúa escribiendo.

Durante el gobierno del Excelentísimo señor don Juan Luis Sanfuentes, siendo Intendente de la provincia, don Rodolfo Briceño, es

llamado a desempeñar el cargo de secretario de la Intendencia, función que sirve durante tres años con brillo y distinción.

En su juventud desempeñó durante un largo tiempo la dirección de la Revista *Chantecler*, revista que era el trasunto de la inquietud intelectual y artística de aquellos años y que marcó una época de serio trabajo del espíritu en esta ciudad, en la que aún no se pensaba en crear un centro univervitario.

En 1916 casó con la distinguida dama doña Mercedes Rebolledo, formando un hogar que adornaron ocho hijos, hasta que este hombre sensible y de un gran corazón abierto a las grandes emociones y a los grandes dolores, sufre el mayor dolor de su vida, al perder en 1949, a su esposa; este rudo golpe ha dejado una profunda huella en su alma y ha sido una herida que, a pesar del tiempo transcurrido, los que lo conocemos, los que hemos tenido la suerte de ser sus amigos, sabemos que no ha cicatrizado.

Hace ya varios años que dejó nuestra ciudad, para dedicarse a la agricultura y, actualmente, alejado del campo, rodeado del cariño de sus hijos y nietos, vive en la capital recordando siempre con afecto y nostalgia esta ciudad, que fué testigo de su niñez, de su adolescencia, de los sueños e ilusiones de su juventud, así como del amor que llenó y sigue llenando, por el recuerdo de la ausente, su corazón.

* * *

Os he prometido, señoras y señores, deciros algo del poeta, sé que heriré su modestia, por ello seré breve.

Ignacio Verdugo jamás ha publicado su obra en un volumen, ésta se encuentra, en gran parte inédita, o repartida en revistas como *Atenea*, *Chantecler* e *Ideales*, de nuestra ciudad, y en *Zig-Zag*.

Cuando tenía veinticinco años, fué distinguido con el título de Miembro Correspondiente de la Academia de Buenas Letras y Bellas Artes de Málaga, España, y jamás ha querido hacer mención de ésta ni de otra distinción de que ha sido objeto, porque una inmensa

sencillez llena su vida y, al preguntarle algo de lo suyo, con su ancha sonrisa bonachona y franca, responde invariablemente que su vida ha sido sencilla, sin grandes cosas dignas de mencionar ni recordar.

En el "Ateneo" de Santiago, hace varios años, lee algunos de sus poemas, entre otros, las conocidas estrofas de "Los Copihues"; en aquella ocasión es felicitado por don Arturo Alessandri, don Emilio Rodríguez Mendoza y don Carlos Silva Vildósola, pero, también esto pone una espina en el alma de don Samuel Lillo, quien se creía el único autorizado para glosar el problema poético araucano.

En 1905, cuando sólo contaba 18 años, después de un viaje a la región de Lebu y Cañete, de regreso en esta ciudad, escribe "Los Copihues", poema que le habrá de dar renombre nacional e internacional, se publica en diversas revistas de la época y, estando una tarde el poeta en su estudio de abogado se le presenta el primero de la banda del Regimiento Chacabuco, don Arturo Arancibia, quien le solicita autorización para escribir una música adecuada al poema; Verdugo lo autoriza y algún tiempo después, es sometida la música a su aprobación; de común acuerdo con Arancibia, se hacen algunas correcciones y es así como luego, una tercera persona, se apodera de la partitura y, por razones comerciales, la inscribe a su nombre, siendo en realidad, el verdadero y único autor de la música de este poema, el ex primero de la banda del Regimiento Chacabuco, don Arturo Arancibia, a quien se ha olvidado y cuya memoria es preciso reivindicar.

En los albores de la Patria Vieja, una mujer encendida de espíritu cívico, entregó a la patria la primera bandera nacional bordada por sus propias y aristocráticas manos, doña Javiera Carrera Verdugo; un siglo después, un hombre, en cuyas venas corre la misma sangre, nuestro poeta y amigo Ignacio Verdugo, entregó a la patria su poema "Los Copihues", que habría de constituir más tarde como un verdadero símbolo de la flor nacional, ya que antes que él pulsara su lira con este motivo autóctono, no pasaba de ser el copihue una de las tantas flores de nuestros bosques chilenos. Curiosa coincidencia, extraña coincidencia que evocamos en esta ocasión.

Ignacio Verdugo, por hábito, por sistema, por su idiosincrasia y su modestia, jamás ha participado en ningún concurso literario, no ha enviado jamás sus poemas a estas justas y, a este respecto, os daré a conocer una anécdota curiosa de su vida; se le solicitan unos versos para el frontis del Cementerio de Mulchén; algún tiempo después se abre un concurso de versos para el frontis del Cementerio de Lautaro y, un señor, cuyo nombre omitiré, obtiene el primer premio con los versos de Ignacio Verdugo que están en el Cementerio de Mulchén.

Cuando el poeta nos relata este episodio, ni siquiera hay un asomo de ira o de irritación en sus ojos, lo relata con tranquilidad, sintiendo tal vez en lo profundo de su corazón, un poco de pena por este gesto irresponsable, que reveló la falta de personalidad del que lo ejecutó.

Pero, no sólo se le conoce en nuestro país, en Lima, Carlos Alberto Fonseca, seudónimo de una conocida poetisa peruana actual de gran envergadura, encargada de la página literaria de *Crónica* de Lima, le ha solicitado sus poemas y los ha hecho publicar en dicho diario de esa ciudad.

Roberto Meza Fuentes, en la Casa de la Cultura, de Quito, en Ecuador, dictó, siendo Embajador de Chile allí, una conferencia sobre la poesía chilena, dando a conocer los valores poéticos del momento y los versos que más llamaron la atención, fueron los de Ignacio Verdugo.

* * *

Y así, señoras y señores, este hombre que ha pasado silenciosamente por el campo poético de nuestro país, que ha vivido alejado de cenáculos y capillas literarias, esta noche está con nosotros para recibir de manos de nuestro Rector, el homenaje de admiración y de reconocimiento que nuestra Universidad le otorga por su obra y su labor poética.

* * *

Antes de terminar, permitidme recordar algo del viejo Concepción artístico, intelectual y científico de principios de este siglo, porque, si bien es cierto, que la Universidad ha venido a injertar en nuestro ambiente, una inquietud nueva por las cosas del arte y de la ciencia, no podemos negar que hubo en nuestra ciudad hombres de la talla de Exequiel de la Barra Orella, Luis David Cruz Ocampo, Esteban Iturra Pacheco, Andrés Silva Humeres, Julio Zenteno Casanueva, Víctor Bahamonde Hoppe, Juan Eduardo Moreno, Abraham Valenzuela Torrealpa, Luis Felipe Contardo, Enrique Molina Garmendia, Enrique Soro Barriga, Edmundo Larenas, Salvador Smith, Manuel González González, Daniel Julio y Julio Fabio de Petris, Emita Ortiz, Bruno Wustemberg, Bernardino Abarzúa, Eduardo Varela Romo, Olegario Sáez, Pedro Pablo Cañón, Reynaldo Muños Olave, Abraham Valenzuela Carvallo, Ramiro Troncoso Vigueras, Ignacio Verdugo Cavada y tantos más que, en el campo de la poesía, de la prosa, del ensayo, de la música, de la ciencia, de la filosofía y de la crítica, mantuvieron un ritmo y un rango de distinción intelectual y artístico en esta ciudad, un poco fría en sus manifestaciones anímicas, pero, a pesar de todo, celosa de sus tradiciones y orgullosa de su pasado y de los hombres que, en una u otra forma, han contribuido a hacerla destacarse en los planos de las disciplinas del espíritu.

* * *

De la obra poética de Ignacio Verdugo, podemos destacar varios períodos ligados a diferentes estados de alma, varias facetas que corresponden a diversos momentos de su vida interior.

La de la juventud, donde el romántico que hay en él y el simbolista, se nos presenta de frente en los versos de la primera época,

destacamos de entonces, entre otros poemas, "Las dos palomas" y "Los Copihues".

Más adelante, el hombre se enfrenta con la vida y ve el aspecto triste, realista y doloroso del problema humano, nos da entonces sus "Rapsodias Populares", plenas de observación de hechos personales y personajes del tráfigo cotidiano, del "gran desfile" poniendo, a pesar de todo, en estos poemas, la nota sentimental y romántica, dentro del aspecto materialista, realista y descriptivo del asunto.

En seguida, durante su vida en el campo, lo impresionan el agro y los animales y sus versos como "El Buey", "El Gallo", "Corderos", los "Potrones" y otros, son de un realismo puro y algunos de ellos, entremezclan en su contenido el realismo con el simbolismo, características que marcan esta etapa de su producción.

Por último, su poesía íntima, subjetiva, personal y emocionada, derivada de su gran dolor, constituye la época actual de su producción poética, posiblemente la más medular.

Cada una de estas fases que anotamos son de interés, cada una nos presenta un estado de alma, no sabemos, en realidad, cuándo y en qué época el poeta se ha revelado con mayor nitidez, ni podríamos decir cuál aspecto de su obra nos ha llegado más profundamente, por ello, pensamos que, para analizarlo, no es posible desmenuzar sus diferentes fases, ni aislar una de otra, a pesar de la diferencia intrínseca de su temática, sino, al contrario, en una visión de conjunto, observar en su totalidad y en profundidad su labor, a través de sus diferentes épocas y de sus diversos poemas.

Resumiendo diremos, para no abusar de vuestra paciencia, que Ignacio Verdugo jamás se ha alejado de la línea clásica del verso puro y transparente, que llega directamente a través de una expresión sutil y manifestada por metáforas delicadas y sencillas; mantiene su apacibilidad, su pureza y su frescura, sin la frase rebuscada o la metáfora, a veces de difícil interpretación; baja en ocasiones al problema material, sin llegar jamás a lo obscuro y procaz; sube a lo íntimo, sin hacerse sensiblero y llorón; describe lo popular y lo vernáculo, sin tocarse con la vulgaridad; es un poeta de molde clásico,

gran observador del problema humano en su contenido total, un neorromántico y un simbolista en toda su producción artística, y, tiene, por sobre todo, el mérito de hacer poesía que agrada, conmueve, emociona y llega directamente al fondo de nuestra sensibilidad.

La escritora argentina Lola Tori de Diegues, en un estudio sobre los líricos chilenos, en 1938 escribía lo siguiente: "Ignacio Verdugo Cavada es un poeta de entonación resuelta, melancólica y severa. Por el cordaje de su lira pasan el vientecillo apacible y las ráfagas de la selva araucana. Es por sobre todas las cosas el cantor del copihue.

"Flor de lis salvaje, color de sangre y de nieve. La utiliza para ensalzar los padecimientos de una raza vigorosa y sufrida, casi exterminada: el mapuche.

"Por el colorido local y la grave armonía rítmica de sus versos, es un criollo neto y muy personal. Su cohorte de seguidores le imita el estilo sencillo, fogoso y flexible que posee. Tiene además un dominio absoluto de la técnica".

Prosigue más adelante la misma autora: "Hay en la poesía de Verdugo, generosa y fluyente, una circunstancia que la hace especialmente amable: su vernaculismo. Es un poeta de honda raigambre local. Se concretó a su paisaje y a su gente, recorriendo una trayectoria ascendente de inspiración hasta llegar a la cumbre.

"Quien lee sus poemas puede interpretar como en una radiografía sus más hondas e íntimas fuerzas emotivas. Hay en él un deseo de expansión confesional. La naturaleza es su cómplice que escucha las confidencias de su propio drama interior. Parecen tatuados por un secreto desencanto".

Cuando toda el tema nuestro, de nuestra raza, de nuestras costumbres, de nuestro pueblo o de nuestros campos, nos dice en una estrofa de su romance "Espuelas":

*Espuela que vas cantando
por los campos de mi patria
y que en el tacón del huaso
tienes sabor a tonada;*

*hoy, que a pesar de mis años
tu vibración me entusiasma
cántame, cántame, cántame,
la canción de tus rodajas.*

Se hace simbólico en el "Copihue Rosado" cuando expresa:

*En el doliente concierto
de la agonía araucana
yo soy como una campana
que se halla tocando a muerto...
Bajo el boscaje desierto
ve el indio en mí un arbol
y cuando enfermo de alcohol
se echa a morir en las quilas
yo le dejo en las pupilas
una mentira de sol.*

Baja a los motivos campesinos con gran pureza de estilo y un pequeño gesto de picardía que agrada y hace sonreír; oigámosle en "El Gallo":

*Disimulando apenas en su sanguínea cresta
el rojo gorro frigio del revolucionario,
recorre el gallinero con un aire de gesta
a modo de un Cyrano galante y temerario.*

Un nuevo motivo campesino nos da en "Potrones":

*Agiles como príncipes de una innata elegancia
emprenden por el campo románticas carreras,
la libertad les presta su lírica arrogancia
y prestigia sus crines con temblor de banderas.*

Ha puesto el sello humano en sus conocidas "Rapsodias Populares" a las que sobre asuntos de tanta sencillez y tan simples, da expresiones poéticas dignas de destacarse.

Siente a veces arrebatos de desesperación y dice en "Bastante":

*Siempre fui un inconforme... De quimera en quimera
me hundí en la amarga fuente de la melancolía;
sin fijarme siquiera
que la juventud era completamente mía...*

Es pesimista en "Elegía del Retorno":

*Cuando vuelvas, amor, ya será tarde...
habrá una cicatriz sobre mi herida
y ha de tener mi corazón cobarde
un gesto de cansancio ante la vida.*

Hace una confesión en "Prólogo" al decir:

*Puse en mis versos lo mejor de mi vida,
mis lágrimas, mis sueños, mi amor, mi porvenir...
Mi juventud por ellos, como por una herida
se desangró en un ansia de entregarse y morir.*

Tiene una forma elegante de mostrarnos su desilusión en "Sed":

*Mi ternura era una rama recién florecida,
cántaro de agua fresca para una boca pura
y hoy se está envenenado de un rencor sin medida
porque nadie se acerca a probar su frescura.*

Maneja con primor el soneto de trece sílabas, en "Esclavitud", oigámosle:

*Bajo esta hora de pasión en que me agito
te veo arder en un lejano resplandor
y es tu recuerdo como un bálsamo exquisito
que pone incienso, mirra y miel en mi dolor...*

Tiene un gesto de honda resignación ante su dolor cuando en "Nocturno Primero" exclama:

*Y en ti sueño, amada, en nuestras vidas,
y en aquellos días dulces y lejanos
en los que febriles y empalidecida
quedaban tus manos temblando en mis manos
como las palomas cuando están dormidas...*

Habría mucho más que decir, pero, debemos terminar esta rápida visión de algunas de las facetas del poeta y lo oiremos cuando en un agudo grito de desesperación, en un grito íntimo, por la pena honda que lo desgarrá, dice en "Eternidad":

*Quisimos retenerla, y se nos fué, hijos míos...
y aunque la primavera brilla en todas las cosas
la casa está sin risa, los balcones sombríos
y en mi mesa no hay rosas.*

Más adelante, en el mismo poema canta:

*Miro sin ver sus ojos llenos de despedida
y comprender no puedo que sean carne inerte
y en medio del tumulto estéril de la vida
ella es el nudo ciego que me amarra a la muerte.*

* * *

Y, así, señoras y señores, podríamos seguir hablando de la poesía de Ignacio Verdugo Cavada, podríamos seguir hablando del hombre, del poeta, del amigo; podríamos seguir hablando de su personalidad, de su sensibilidad, de su modestia, podríamos decir mucho más acerca de su cultura, de la grandeza de su corazón, de la honradez que ha puesto en toda su obra, pero como no quiero continuar hiriendo su modestia, voy a terminar expresando, una vez más, que, al recibirlo esta noche en esta casa de altos estudios, nuestra Universidad, ha querido destacar con nítidos contornos, por medio de este homenaje, su obra poética y reconocer su labor en el campo intelectual de nuestra patria. He dicho.

DISCURSO DE AGRADECIMIENTO DEL SEÑOR IGNACIO VERDUGO CAVADA

Cuando los guerreros medievales, pletóricos de ilusorios heroísmos, partían a luchar por su Dios, por su Patria y por su Dama, después de la vela de armas eran ungidos caballeros en una ceremonia que tenía el fausto de las cosas antiguas y en la que el juramento de fidelidad a la causa era cosa esencial.

Hoy, al llegar a mi tierra natal, en una cruzada de arte, pletórico también de ilusorias esperanzas como los cruzados de la vieja edad, sin la pompa de los actos medievales, sino con la sobriedad y la sencillez de nuestra época, el dignísimo Rector de esta Universidad se ha servido hacerme entrega de un pergamino que es para mí el significativo espaldarazo que me arma caballero y legionario de las letras nacionales.

Acepto tan honrosa distinción y declaro al aceptarla que este pergamino será para mí el escudo heráldico, la adarga caballeresca en mis luchas por el arte; y en reemplazo del juramento de fidelidad de los antiguos guerreros de la Cruz, comprendiendo que tal vez no

sea yo capaz de honrar las letras chilenas, juro, por lo menos, que nunca las he de deshorrar.

Por sus bellas y honrosas palabras y por el igualmente honroso pergamino, mi gratitud, señor Rector.

Y antes de entrar a deambular por esta Atenas penquista, en la que, en lo alto de vuestro acrópolis no falta sino el templo de Palas Atenea para ver revivir la Grecia eterna, alterando el orden, ya establecido de las cosas, quiero empezar agradeciendo a la prensa, a los altos funcionarios de la Universidad y demás personas que han hecho posible este homenaje; pero quiero dirigirme de una manera especial al talentoso decano de la Facultad de Odontología, que ha sabido mostrar mi obra ante la Extensión Universitaria, con la sobriedad y el brillo de su elocuencia; pero también con la crueldad inconsciente del poeta, que él también lo es en alto grado, ha hecho sangrar mi alma trayéndome tan dulces y dolorosos recuerdos... para todos, mis agradecimientos más hondos.

Si yo no fuera hijo de Concepción, de esta ciudad ilustre, cuya prosapia cívica y cultural data de centenios; si no hubiera sentido en las lejanas horas de mi juventud la generosidad exquisita de su espíritu prócer, acrecentada hoy por su carácter de ciudad universitaria, creería, al recibir este homenaje, estar bajo el imperio de un sueño febril.

Dije que el ansia de cultura de Concepción data de centenios y debo recordar al efecto que ya en 1568 el Illmo. Obispo de Concepción solicitó del Rey Felipe II, una Universidad para su extensa Diócesis. Posteriormente, en 1657, Fray Dionisio de Cimbrón y Portillo, pidió nuevamente al Rey Felipe IV, el establecimiento de una Universidad para esta provincia; pero, celoso el Virreinato de Lima del progreso y esplendor que adquiriría Concepción con un plantel de esta naturaleza, no envió oportunamente los informes que se solicitaron.

Y mucho después, el Papa Gregorio XV y la Real Cédula de Felipe V, daban vida a la Universidad "Pencopolitana", que quedó refrendada con la siguiente jerarquía en latín: *Universitas Pencopoli-*

tana Regia et Pontificia. Creada con los atributos de las universidades de Manila, Filipinas, Córdoba y Charcas, éstas se consolidaron, pero no así la Pencopolitana.

Felizmente, la semilla había de fructificar. La tea quedó encendida sin que lograran apagarla ni las luchas por la Independencia ni el viento de los siglos.

Cerca de cuatro centurias más tarde, la visión grandiosa de un grupo de hombres ilusionados de futuro, dió vida al eminente Instituto de altas ciencias y artes de hoy: la actual Universidad de Concepción, gloria de esta ciudad, lustre de esta provincia, orgullo del país y motivo de admiración para la América entera.

Y ahora, confirmando aquel ancestro, habéis querido, con el señorío que da la cultura, llegar hasta mi modesto retiro a estimularme en esta ansia de perfeccionamiento que constituye el esfuerzo constante de los cultores del arte. Esta actitud vuestra, demuestra, una vez más, que la cultura no es solamente el arte de saber, sino, principalmente, la ciencia de vivir.

Los helenos se congregaban a la sombra de sus ágoras para escuchar los exámetros de sus poetas que tenían para ellos la sonoridad litúrgica de una música sagrada y rendían su admiración ante sus escultores inmortales que, con Fidias y Praxiteles, les entregaban belleza en la turgencia viva de sus mármoles.

Vosotros, decanos y maestros de las diferentes facultades universitarias, habéis comprendido, como educadores, que el ensueño es la palanca poderosa, la luz resplandeciente que guía a la Humanidad hacia la consecución de sus más altos y permanentes destinos.

Tal vez por esto y haciendo obra de extensión universitaria, habéis querido, en mérito de mi silenciosa labor literaria, ofrecerme este homenaje que recibo con asombro, porque comprendo que si el poeta es la voz de su generación, mis versos neorrománticos apenas servirán para que la juventud actual pueda comprender el fino sentido de superación que mi generación daba a la vida.

Chile, que puede enorgullecerse de ser tierra de artistas —lo confirma el Premio Nobel de 1945—, que ha hecho reverdecir sobre

las sienes de la América morena el laurel inmortal, vive en estos momentos un florecimiento de arte que se hace ostensible en los premios establecidos por el gobierno, por las universidades, por los municipios.

Se diría que la Humanidad, colocada en el despeñadero del materialismo moderno, reclama para su espíritu un espacio vital en lo infinito.

El poeta, sacerdote de la belleza y ciudadano de la Eternidad, tiene la misión de entregar su alma con sinceridad y cantar el Universo, haciendo mirar a los hombres hacia arriba, porque sin verdad no hay belleza y sin Dios no hay eternidad.

Un principio de pudor espiritual me ha hecho guardar en el fondo de mis arcas esto íntimo y vibrante, esto profundo y vulgar que pueda haber en mis estrofas; pero estimulado por este homenaje en cuyo fondo veo el talento vigilante y comprensivo de vuestro Rector, cumbre de los maestros de América, que acaso por haber vivido siempre entregando su alma a la juventud, no ha tenido tiempo de aprender a envejecer, ahora haré realidad el compromiso de entregaros en un volumen las vibraciones más íntimas de mi sensibilidad, porque estoy comprendiendo que la excesiva reserva puede convertirse en egoísmo, como el exceso de amor llega a convertirse en amargura.

Siempre he pensado que la poesía no es una flor nacida para el clima de las multitudes, sino para la medialuz de la intimidad personal; que el escritor que nace con un mensaje que entregar a su generación debe transmitirlo realizando la tríade clásica de pensar alto, sentir hondo y hablar claro.

No sé si he logrado mi anhelo; pero éste ha sido mi propósito durante mis cincuenta años de vida literaria.

Y así me entrego a vosotros.